

## La Decadencia de la *Polis* en el Siglo IV A.C: ¿"Mito" O Realidad?

Erwin Robertson R.\*

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación

### Resumen

La historiografía del siglo XIX y primera mitad del XX visualizó la historia de la ciudad griega en el siglo IV a.C. como una de "decadencia" o "crisis" irrecuperable, que desembocaba necesariamente en el fin de la independencia griega. Sin embargo, si se revisan las fuentes de la época, semejante noción no se encuentra; por lo menos no de la manera que ha sido tradicional presentarla.

**Palabras claves:** decadencia; ciudad griega; individualismo; sociedad; crisis

### Abstract

The historiography of the XIX century and the first half of the XX century judged the Greek City history in the IV century B.C. as one of "Decadence" or irrecoverable "Crisis" that resulted in the end of Greek independence. However, if the fonts of the age are reviewed, a such notion it is not found - at least, not in the manner in which it is usually alleged.

**Key Words:** decadence; greek city; individualism; society; crisis

La idea de la decadencia, como una fase en la existencia de la humanidad o de una civilización, o como algo connatural a la existencia en el tiempo, está presente en grandes visiones del mundo, desde Hesíodo y desde la doctrina hindú de los *yuga*, pasando por Platón, hasta Nietzsche y Spengler. Nos movemos aquí en el dominio primordial del mito, o en el reflexivo de la filosofía de la historia. Otra cosa es aplicar una mirada análoga al concreto terreno de una realidad histórica particular. En estos casos, a partir de un hecho *dado* -trátese del fin

---

\* Profesor en el Departamento de Historia y Geografía y en el Centro de Estudios Clásicos de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Abogado. Estudios de posgrado en Historia Universal. Especialista en Historia Antigua (Grecia y Roma) y en Historia de las Ideas; numerosos trabajos en publicaciones especializadas. [erobert@umce.cl](mailto:erobert@umce.cl)

de la República romana o de la caída del Imperio, de la pérdida de la independencia de las ciudades griegas o de cualquier otro semejante se ha solido inferir que todo andaba mal en el periodo anterior, de “decadencia” o “crisis”; de modo que aquel hecho no sólo es explicado, sino que aparece como resultado inevitable de todo el proceso. Un cierto determinismo es construido hacia atrás, como si fuera el curso necesario de la historia: “*a retrojected prophecy*”<sup>1</sup>.

Una de las ideas recibidas de la historiografía hasta pasada la mitad del siglo XX es, precisamente, la de “decadencia” o “crisis” de la polis griega en el siglo IV a.C; crisis o decadencia que, supuestamente, tuvieron su expresión final y más visible en la derrota de Atenas en Queronea y en la consiguiente sujeción de toda Grecia al dominio del rey de los macedonios. En este enfoque, la derrota anterior de Atenas en la Guerra del Peloponeso hace de gran hito divisorio entre el brillante siglo V –la época de Pericles- y el venido a menos siglo IV –la época de Demóstenes. En lo que sigue, se quiere someter a revisión esta “idea recibida”, tanto en la historiografía que ha contribuido a configurarla, como en las fuentes que podrían sustentar una visión tal –las de la época supuestamente “decadente”, el siglo IV griego-, y también en los historiadores que más recientemente han mirado el problema. Este ejercicio no carece de interés, ya que, aun en nuestros días y en el medio académico chileno-, no falta quien sigue insistiendo en este tópico<sup>2</sup>.

## Una mirada a la historiografía

George Grote, representante de la temprana historiografía liberal sobre la antigua Grecia, se limitaba a exponer los hechos políticos y militares; incluso, en su perspectiva, el resultado de la lucha entre Macedonia y las ciudades griegas no estaba decidido de antemano. Mas era difícil evitar la conclusión de que los griegos -o, para el caso, los atenienses- no habían estado a la altura de la situación:

“The Demosthenic Athenian of 360 B.C. had as it were grown old. Pugnacity, Pan-Hellenic championship, and the love of enterprise had died within him. He was a quiet, home-keeping, refined citizen, attached to the democratic constitution, and executing

1 Cf E.S.Gruen, 19952, pp. 1 2, y mi recension en *Limes* 7-8, 1995 1996 (Santiago), pp 206-210 Para la relativización –o desdramatización- del tema de la “caída del Imperio Romano”, v. A. Cameron, 1998, y G. Bravo (coord.), 2001, con mis comentarios, respectivamente, en *Limes* 12, 2000, pp. 167-171, y *Limes* 17, 2005, pp. 227-233. Para las nociones de “crisis” o “decadencia” (con referencia a la historia republicana de Chile), cf. C. Gazmuri, 2001, pp. 7-15.

2 Cf. Héctor García Cataldo, 2005. Este trabajo comienza por las causas de la Guerra del Peloponeso, para continuar –sin transición- con sus efectos en el s. IV, en general siguiendo a G. Glotz (muy directamente, en algunos pasajes: p. 26) y concluyendo en la “desaparición irremediable” de la polis esto es, mas que una decadencia- en tiempos de Aristóteles (p. 32).

with cheerful pride his ordinary city-duties under it; but immersed in industrial or professional pursuits, in domestic comforts, in the impressive manifestations of the public religion, in the atmosphere of discussion and thought, intellectual as well as political"<sup>3</sup>.

Pero la historia griega del siglo IV podía verse también como la de la fase superior de realización de la unidad nacional, y en esta perspectiva el héroe no era Demóstenes, sino Filipo de Macedonia. Era la posición de Gustav Droysen o -un medio siglo más tarde- de Carl Julius Beloch. Desde este punto de vista, la polis de esa época no hacía un buen papel<sup>4</sup>.

La idea de "decadencia" formaba parte del *Zeitgeist* de Occidente en las primeras décadas del siglo XX. Gustave Glotz, en *La Cité Grecque*, confirmaba esta visión para el siglo IV griego, tanto en el terreno social (individualismo, crisis del matrimonio y de la natalidad, lujo y pauperización, lucha de clases) como en el político ("corrupción de las instituciones democráticas": asamblea tiránica, abuso de los subsidios y evasión de impuestos, decadencia del espíritu militar...)<sup>5</sup>. Ulrich Wilcken concordaba: "cansancio y... agotamiento general de todos los Estados de la Hélade...", "empobrecimiento de la idea política entre los ciudadanos", "profunda decadencia moral y... relajamiento" del Estado<sup>6</sup>. Parecía una opinión aislada cuando, en la primera edición de la *Cambridge Ancient History*, M. Cary rechazaba la idea de que fuera aquella "an age of senile decay" para el conjunto del pueblo griego<sup>7</sup>.

También había quienes, compartiendo el diagnóstico de decadencia política, la estimaban compensada, de algún modo, por las ganancias imperecederas de la cultura. Así, decía Werner Jäger, si el siglo IV aparecía envuelto en las sombras trágicas de un proceso de disolución, había que recordar que ese era el precio pagado por la conquista espiritual del mundo<sup>8</sup>. Victor Ehrenberg veía en el siglo IV un período de transición en el terreno político y social, que mostró el camino por el cual el espíritu griego se "liberó" de los límites de la polis, adquiriendo la creencia "in a higher unity of all men"<sup>9</sup>.

3 Grote, 1846, XI, p. 251. Todo dependía -decía también- de si los atenienses "were prepared in their own minds to incur the expense and fatigue of a vigorous foreign policy" (No lo estaban. *id.* p. 251). La situación no era mejor para los griegos del Peloponeso. *Cf.* pp. 248 y ss.; X, pp. 3-4, etc.

4 G. Droysen, 1833. C.J. Beloch, 1893 y 1933.

5 G. Glotz, 1928 (1957).

6 U. Wilcken, 1924 (1959), pp. 286-287.

7 Cary: "In fine, the fourth century was not an age of senile decay, but of mature and active manhood"; 1927, p. 23.

8 Jäger, 1933 (1962), libros III y IV; en especial, p. 388). La misma idea general en *id.* 1938.

9 V. Ehrenberg, 1965, p. 40 (conferencia no publicada hasta esa fecha).

Todavía en 1950, Hermann Bengtson no vacilaba en hablar de “la grave enfermedad que había atacado al Estado griego, a la *polis*”, agregando: “a ésta la crisis no la llevó a la vida, sino a la muerte<sup>10</sup>. En su obra de 1962, *La fin de la démocratie athénienne*, Claude Mossé anuncia desde las primeras líneas que se trata de “la crise que traverse la Cité grecque au IV<sup>e</sup>. siècle” (desdoblada en “la crise sociale et économique”, a la que se dedica la primera parte de la obra, y “la crise politique”, tema de la segunda parte). Los aspectos sociales y políticos -advierte- “sont apparus comme fondamentaux, parce que mettant en cause la nature même de la Cité”. Las manifestaciones de tal crisis para el conjunto del mundo griego son claras: desequilibrio social y político, sucesión de revoluciones, “disparition de l’esprit civique”, aventureros, mercenarios y esclavos...<sup>11</sup>

Es cierto que la última descripción no se aplica enteramente a Atenas, pero ésta no deja de sufrir manifestaciones apenas más benignas de la misma crisis. Por supuesto, no faltan en la obra los matices, pero las conclusiones se imponen: fracaso de la democracia ateniense, fracaso de su política exterior (el “imperialismo”)<sup>12</sup>. En obras posteriores, la autora sería más prudente en cuanto a estas conclusiones<sup>13</sup>. Y aunque todavía en 1979 una obra colectiva lleva el significativo título de *La crisi della Polis*, uno de los contribuyentes en ella relativiza la idea de “decadencia”<sup>14</sup>.

En suma, entre los rasgos que se suele mencionar para configurar el diagnóstico de “crisis” o “decadencia” están: la generalización del empleo de fuerzas mercenarias en la guerra, lo que aparentemente indica que los ciudadanos ya no estaban tan dispuestos a luchar por la ciudad; la inestabilidad política y social, incluso en la forma de revolución o de guerra civil al interior de tantas *poleis*; o, en otras, el egoísmo de los ciudadanos, dispuestos a sacrificarlo todo, menos sus placeres

10 H. Bengtson, 1950 (1986, p. 185). También. “la polis griega tuvo que hundirse en la impotencia para que el espíritu griego pudiera conquistar un mundo nuevo” (*id.* p. 212). El apartado correspondiente del cap. III de la obra se titulaba “Der Niedergang der hellenischen Poliswelt (404-360 v.Chr.)”. Sin embargo, v. n. 15. 11 Mossé, 1962, pp. 23 y 31.

12 *Id.*, p. 262, 263, 401 ss. y *passim*.

13 *Cf. id.*, 1971, en la que están ausentes los subtítulos más impactantes y el tratamiento de los problemas es más matizado. También, a la hora de evaluar las fuentes: “Non è facile scegliere in modo categorico tra queste due alternative [acusaciones de circunstancias en los oradores, o la “nuova realtà” de la decadencia de Atenas]... Si deve parlare... di ‘declino’ o di ‘crisi’?": *id.*, 2005, p. 187. *Cf. n.* siguiente.

14 A. Barigazzi: “...Se tiende a considerar al siglo IV como un siglo de decadencia. ¿Pero fue verdaderamente de decadencia? Tal aseveración implica una confrontación con otras épocas mejores”; “Historia de la cultura”, en Bianchi 1980, p. 46 y *cf.* p. 1. En el mismo volumen, el juicio de C. Mossé, que aporta dos capítulos, es más acotado que en su obra anterior: “a pesar de que no podemos considerar a Atenas como el modelo por excelencia de la ciudad griega, su decadencia [a partir de Queronea] implicó la de todo el mundo griego”. “.La ciudad, en cuanto estructura autónoma..., había entrado en el camino irreversible de la decadencia” (destacado nuestro. *id.*, p. 122).

(como el *theorikon*, el fondo para los espectáculos); *Advokatenrepublik* y democracia degenerada -o, en el mejor de los casos, ineficaz- e inclinación por soluciones radicales o utópicas: el comunismo, el federalismo, la monarquía... En este contexto, reciben especial atención las quejas de algunos testigos, en el sentido de que los griegos (los atenienses, en especial) ya no eran los de antes.

Las obras más recientes, por el contrario, subrayan la continuidad entre los siglos V y IV; o prefieren hablar de "cambio", no necesariamente en forma valorativa, para el segundo siglo, en lugar de evocar una "decadencia" general<sup>15</sup>.

### Las fuentes y el cambio político

No sería extraño encontrar en las fuentes del siglo IV la impresión de que la época era de "decadencia". Desde luego, era común en la Antigüedad la noción de que en los orígenes se encontraban la nobleza y la potencia fundacionales que después podían haberse debilitado. En el caso específico de Atenas, puesto que se había conocido la derrota en la Guerra del Peloponeso y la pérdida del imperio, sería natural esperar que el presente resultara desvalorizado en comparación con el pasado glorioso. Sin embargo, no necesariamente es éste el punto de vista de esas fuentes.

Para comenzar con las obras historiográficas del período, la historia griega de Jenofonte no repara en alguna declinación general para la época que sigue a la Guerra del Peloponeso. Por el contrario, afirma que, en la demolición de las Largas Murallas de Atenas -base y símbolo del poder imperial de esta ciudad-, se vio el comienzo de la libertad para Grecia (...*nomizontes ekeinen tèn hemeran tē Helladi arkhein tēs eleutherías - Helénicas*, 2.2.23). Un punto de vista que no era tal vez el de muchos atenienses, de hecho, Jenofonte se refiere a los exiliados (*phugades*) que entonces volvieron a Atenas. Pero es probable que muchos griegos abrigaran en ese momento una ilusión semejante; después de todo, la guerra se había librado por la "libertad de Grecia" contra el imperio ateniense, asimilado a una tiranía<sup>16</sup>. No es del caso tratar (ni Jenofonte considera) las decepciones que, frente a Esparta, iban a sufrir tanto sus amigos y aliados como los neutrales. Por cierto,

<sup>15</sup> Era ya el caso de André Aymard, 1953. Bengtson, en 1965, disminuía el énfasis puesto en su obra anterior. Igualmente, para Davies, 1978, Hornblower, 1983 y Osborne, 2000, la historia del período clásico es un continuo. Se prescindirá aquí de los trabajos que abordan temas específicos (defensa, economía, etc.). Visión de conjunto de obras recientes sobre la polis (en las que el tema de la "decadencia" no tiene la relevancia de otros tiempos) en Demont, 1995.

<sup>16</sup> Tucídides, 2 84; cf. 2 63 y 3 37 v. Robertson, 2004 y 2006.

al concluir su obra, con la segunda batalla de Mantinea (362), el autor de las *Helénicas* declara que, a partir de entonces, hubo en el mundo griego mayor “confusión y desorden” (*akrisía dè kai tarakhè*) que antes (*id.*, 7.5.27); pero, verosíblemente, este juicio se refiere a la situación político-militar y no puede extenderse a toda la vida social.

Otros historiadores del siglo IV, como Éforo o el desconocido “Historiador de Oxirrhyngo”, son parcialmente utilizados por un autor del siglo I a.C, Diodoro de Sicilia. En los preámbulos de los libros XIV y XV de su *Bibliotheca Historica*, que cubren el período que nos interesa, Diodoro se entrega a reflexiones moralizantes que no nos dicen demasiado (los libros XVI, XVII y XVIII vienen a ser monografías sobre Filipo de Macedonia, Alejandro y las luchas de los Diádocos, respectivamente). Si se encuentra en aquellos la condena de los lacedemonios, que perdieron la hegemonía sobre Grecia “por haber dejado caer las virtudes de sus antepasados” (15.1.2-4). Diodoro registra también numerosos casos de disturbios y luchas civiles (*staseis*) en las ciudades griegas (14.86, 15.40, 15.45), para no hablar de las de Sicilia. En particular, la ciudad de Argos fue víctima de una *stasis* que ocasionó matanzas (mediante *skytalismós*, “apaleo”) “como los griegos no recordaban que las hubiera habido antes” (15.57.3). Es posible que en la época la inestabilidad política haya sido cuantitativamente más intensa que antes; no sin razón, Diodoro la vincula al debilitamiento de las hegemonías establecidas (15.40.1). Hay que tomar en cuenta la exageración retórica (un terremoto: “nunca en tiempos anteriores había acontecido calamidad semejante a las ciudades griegas”; 15.48.1). Pero no encontramos un juicio general que implique crisis o decadencia en el período; por el contrario, el autor tiene también rasgos positivos que destacar y, desde luego, grandes figuras que celebrar, como el ateniense Ificrates o el tebano Epaminondas, entre otros (15.44, 88)<sup>17</sup>.

Entre los autores de obras sin carácter historiográfico hay que citar de nuevo a Jenofonte. Como otros testigos del siglo IV, se encuentra éste bajo la impresión de la derrota de Esparta. La obediencia a las “leyes de Licurgo” pertenece, en la *Constitución de los lacedemonios*, al pasado: ahora, en lugar de contentarse con una modesta fortuna en su patria, los espartanos quieren ser jefes militares en el extranjero y

---

<sup>17</sup> Asimismo, Diodoro recuerda que en la época florecieron Isócrates, Platón o Aristóteles, entre otros; o registra, también, hechos “civiles” como el progreso de Cos (15.76).

dejarse corromper; ahora, se jactan de poseer oro y se empeñan más en mandar que en ser dignos del mando (14.1-3). Pertenece también al pasado la hegemonía militar, puesto que ahora los otros griegos –en lugar de solicitar la conducción lacedemonia, como antes- se exhortan unos a otros para impedir que los lacedemonios vuelvan a imperar (14.6)<sup>18</sup>. Tratándose, pues, de una situación particular de Esparta, el juicio de Jenofonte no es extrapolable al conjunto del mundo griego. Ciertamente, Jenofonte lamenta el abandono de antiguas costumbres también entre los persas (*Ciropeia* 8.8.27) o entre los atenienses (*Memorabilia* 3.5.15 y ss.). Mas, al contrario, en otras ocasiones el autor se abre a las posibilidades nuevas, y es incluso optimista, como en la obra técnica *Rentas*, al tratar de las ventajas económicas del Ática y de los medios de aumentar las rentas públicas<sup>19</sup>. Si se trata de demostrar un proceso sostenido, general e irrecuperable de decadencia en el mundo griego de la época, no siempre es fácil utilizar las opiniones de Jenofonte.

Es claro que en Platón la idea de una decadencia continua es muy fuerte. La degeneración progresiva de las formas políticas es lo que muestra a lo largo del libro VIII de su *República*: la democracia y la tiranía contemporáneas no son, para él, más que el punto más bajo de un proceso de caída que había comenzado con la corrupción del régimen de los Reyes filósofos. Ello ocurre de acuerdo con el principio general de caducidad de lo que es –“todo lo que ha nacido está sujeto a la destrucción” (*epei genoméno panti phthorá estin*)– y, más específicamente, de conformidad a las revoluciones cósmicas (*Politeia* 546 a y ss.). Si era así, si uno era el régimen político correcto, sus derivaciones sucesivas –todos los demás regímenes– eran necesariamente defectuosas (*hemarteménas*; *id.* 544 a). Es evidente que Platón es crítico de la democracia de su tiempo; pero, más radical que un Isócrates, su crítica se extiende igualmente a los “buenos tiempos de antaño”: ni siquiera los dirigentes usualmente estimados de entonces, Milciades, Temístocles, Cimón o Pericles, podían constituir el modelo de *verdaderos* políticos, había dicho en el *Gorgias* (518 e-519 a). Aun en las *Leyes*, obra más concesiva con respecto a las realidades prácticas, los rasgos que se muestran –a lo menos en Atenas– como característicos de su presente, la libertad excesiva y el abandono de las leyes antiguas, se originan en el período inmediatamente posterior a la victoria de Salamina (*Leyes* 699 ce y ss.; *cf.* 693 be). Es decir, que lo

---

18 *nún dè polloi parakalouésin allélous epi tò diakolúein arkhai pálin autoús (ibid.)*. Esta sentencia puede indicar que –pese a la opinión de algunos comentaristas– el texto ha sido escrito después de la batalla de Leuctra (371). *Cf.* introducción a Jenofonte, *La República de los lacedemonios*, Ins. de Est. Pol., Madrid, 1973, 19 v. J. Dillery, “Xenophon’s Persai and Athenian Imperialism”, en *Historia* 42, 1, 1993 (Tübingen), pp. 111.

que llamamos la democracia del siglo V no era -en este sentido- ejemplar. De esta manera, aun si algunos juicios de Platón pueden representar testimonios válidos sobre la época (oposición de ricos y pobres, por ejemplo: *Pol.* 422 e - 423 a), su visión de la decadencia de las formas políticas es demasiado vasta para constituir un juicio específico sobre la realidad histórica del siglo IV.

Tratándose de Esparta, Aristóteles tiene que subscribir -en la *Política*- el juicio sobre la decadencia; aunque no por las razones "morales" de otros autores. Lejos de constituir la lacedemonia una constitución ejemplar, el Estagirita advierte en ella numerosos rasgos disfuncionales: por ejemplo, el régimen de los ilotas y el de las mujeres (*Pol.* 1269 b). Concordando expresamente con Platón, señala la unilateralidad de la *areté* en Esparta: "toda la ordenación de las leyes está orientada hacia una clase de virtud, la guerrera"<sup>20</sup>; y así explica porqué los lacedemonios, cuando habían alcanzado el dominio (*arkhê*) en Grecia, no supieron mantenerlo: "porque no sabían vivir en paz ni habían cultivado otro entrenamiento superior al guerrero" (*id.* 1271 b 1-6). Como se ve, en general, y al igual que Platón, Aristóteles repara más en los defectos estructurales del sistema espartano, que en una evolución en un sentido determinado. Una evolución en sentido negativo puede advertirse, con todo, asociada a la desigualdad de la propiedad: "la tierra ha llegado a estar en manos de pocos" (*dióper eis olígous hêken he khora*: 1270 a 15-18); de tal manera que, pudiendo mantener esa tierra mil quinientos jinetes y treinta mil hoplitas, el pueblo llegó a ser "de menos de mil hombres" Aristóteles sabe que no era así en otras épocas. En consecuencia, la ciudad no pudo resistir la derrota, cuando sobrevino, y cayó por *oliganthropía*, "escasez de hombres" (*id.* 1270 a 33-37). Es este proceso lo que explica el efecto desastroso de la derrota de Leuctra, que tanto impresionó a los contemporáneos.

En cuanto a Atenas, la *Constitución de los atenienses* aristotélica, en su parte histórica, enumera las distintas *metabolai*, las "transformaciones" de la *politeia*, hasta la época del autor. La última de ellas ha consistido, precisamente, en la restauración de la democracia, el 403 (C.A. 41.2). No puede decirse que estas "transformaciones" tengan siempre un sentido negativo; lo contrario es verdad en algunos casos, como el de las leyes

---

20 Platón, *Leyes* 630 cd y ss.; 630 688 a y ss.; 696 be; cf. *República*, 548 c: "[los hombres timocráticos] concedieron más importancia a la gimnasia que a la música".

de Solón, tenido por el fundador del régimen democrático (*ibid.* y 9; cf. *Política* 1273 b – 1274 a). En general, la democracia, tal como se configuró de Solón a Clístenes, es la “constitución ancestral”, la *patrios politeia*. Pero allí donde se advierten cambios para peor, los mismos no se sitúan en el tránsito del siglo V al IV, esto es, luego de la Guerra del Peloponeso. Fue con la “reforma del Areópago”, el 461, que la constitución se “relajó más” (*aniesthai mallon tèn politeian: id.* 26.1); treinta años más tarde, después de la muerte de Pericles, las cosas fueron “mucho peor” (*polù kheiro: id.* 28.1). Entonces se elevaron como “jefes del *demos*” hombres no apreciados por los ciudadanos “distinguidos”: los que querían ser más atrevidos y agradables a la multitud (*id.* 28.4). Si Aristóteles percibe alguna declinación en la historia política de Atenas, la misma se había iniciado en el curso de la áurea edad de Pericles.

Mas en la descripción del régimen político contemporáneo domina un estilo “matter of fact”, casi se diría de positivismo jurídico. El sentido de la *politeia* se puede sintetizar así: “el pueblo se ha hecho señor de todo, y todo se gobierna mediante *psephísmoi* (decretos votados por la asamblea) y *dikasteria* (tribunales populares)”<sup>21</sup>. Ésta es una cuestión de hecho, que, como tal, no es calificada, salvo con el comentario: “en esto parece que han hecho rectamente, pues los pocos son más fáciles de corromper que los muchos” (*id.* 41.2)<sup>22</sup>.

El diagnóstico de la decadencia aparentemente es más claro en Isócrates. Mas, como suele ocurrir con los rétores (aunque Isócrates lo sea sólo de modo teórico), se trata por lo general de juicios de circunstancia, que buscan producir determinados efectos en el público. Ciertamente, Isócrates traza en el *Panegírico* un cuadro desolador: piratas dominan el mar y mercenarios ocupan las ciudades; los ciudadanos luchan unos contra otros dentro de cada polis; pese a la existencia de un tratado de paz (la Paz del Rey, del 387), más ciudades han sido tomadas en guerra que antes de ser suscrito aquel; unas están en manos de tiranos, otras, bajo control de gobernadores militares espartanos; otras, saqueadas y arrasadas o sometidas a los bárbaros... Las revoluciones (*metabolai*) se suceden con tanta frecuencia, que los que permanecen en su propia

21 *apánton... autós autòn pepoieken ho dêmos kúrion, kai pánta dioiketai psephismasin kai dikasteriois, en hois ho dêmos estin ho kratón (id.* 41.2).

22 *kai touto dokousi poiein orthós; eudiaphthoróteroi gár hoy oligoi tón pollón eisin kai kérdei kai khárisin (ibid.)*. En ese contexto se otorga especial relevancia al *misthós ekklesiastikós* –la paga por la asistencia a la asamblea–, reforma que inaugura la democracia restaurada (41.3). Debe recordarse que la paga por ciertas funciones públicas había llegado a ser característica de la democracia de Pericles, un siglo atrás: aunque nuestra fuente la ve como resultado de una competencia por el favor popular (*id.* 27.3), es claro que aquélla aseguró una relativa igualdad de oportunidades. Cf. Robertson, 2004.

patria están más desalentados que los que han sido exiliados, porque aquellos temen el porvenir, mientras éstos siempre esperan volver<sup>23</sup> (*Pan.* 115-118). La intención del autor, al pintar tales desastres, era criticar la situación bajo la “Paz del Rey”, obtenida por la diplomacia espartana con la garantía del poder de los persas, y blanquear, por contraste, la hegemonía de Atenas; aun los errores del imperialismo ateniense -venía a sostener Isócrates- no eran comparables a los abusos espartanos a partir de su victoria en la Guerra del Peloponeso (*id.* 114). En esta etapa de su carrera, el rétor veía aún a Atenas como la más calificada de las potencias griegas para encabezar a la Hélade en la lucha contra el bárbaro.

Pero en otras de sus obras la crítica se dirige a la misma Atenas: decididamente, ésta ha decaído, tanto en el plano de la constitución como en el de las costumbres. En las más de las páginas del *Sobre la Paz* -que, como su nombre indica, aconseja una política de paz entre las ciudades griegas-, el discurso contrasta el “antes” y el “ahora”. Los atenienses de antaño hacían la guerra a los bárbaros en beneficio de los griegos, los de hoy traen mercenarios del Asia contra éstos; los primeros merecieron la hegemonía, al liberar las ciudades griegas, los actuales hacen “lo contrario de aquéllos” (*Paz*, 42). Esos admirables hombres del pasado se atrevieron a abandonar su propio país para salvar a los demás, “mientras que a nosotros ni siquiera por nuestra codicia nos parece bien correr peligros... Buscamos mandar sobre todos, pero no queremos ir a una expedición militar” (*id.* 43-44). Los de otra época servían con sus personas, los actuales, pese a sus penurias económicas, prefieren pagar tropas mercenarias (46-47). “Los que se creen dignos de mandar a los griegos desembarcarán portando un cojín de remero”, dice burlonamente el rétor, porque -según él- los ciudadanos ahora reman en las naves, dejando las armas a los extranjeros (48)<sup>24</sup>. No es Isócrates el primero en observar la mudabilidad de las opiniones de los atenienses, o en zaherir como individuos indignos a los dirigentes políticos: “hacemos dueños de todos los asuntos públicos a gente a la que nadie confiaría los suyos particulares” (*Paz*, 52)<sup>25</sup>.

Pero sobre todo es la *politeia* de otros tiempos, la “democracia ancestral”, la de antes de que Atenas ganara el “imperio marítimo”, la

23 *dià dè tèn puknóteta tòn metabolòn athumotéros diágousin hoi tàs póleis oikountes tòn tais phugats ezemtoménon: hoy mèn gàr tò méllon dedlasin, hoy d'acì kaliénai prosdokósìn (id. 116).*

24 *hopotan apobainosin eis tòn polemion, hoi mèn drkhein tòn Hellenon axiountes huperesion ékhontes ékbainousin... (ibíd.).*

25 Cf., entre otros, Tucídides 3.37. Sobre el tópico de los demagogos, v. Robertson, 1999.

que se echa de menos. Régimen político superior al actual, tal como Aristides, Temístocles y Milcíades –los grandes dirigentes de esa época– eran hombres mejores que los demagogos de la época de la Guerra del Peloponeso o “los que ahora conducen al *demos*” (*id.* 75). Pues ha sido el “imperio marítimo” (*arkhè katà thálassan*) la causa de todos los males: él destruyó la democracia de los buenos tiempos –aquella bajo la cual los antepasados eran “los más felices de los griegos”– e introdujo la confusión actual (*id.* 64)<sup>26</sup>. Oponiéndose frontalmente al pensamiento de Tucídides y, en general, de la época de Pericles, Isócrates tacha de injusto el imperio –es injusto que los fuertes manden por sobre los débiles (67)–; a más de eso, un imperio tal, así como no se pudo conservar (con la derrota en la Guerra del Peloponeso), tampoco se podrá adquirir de nuevo en la propia época (69). En suma, lo que se llama imperio es una desdicha, que corrompe a los que hacen uso de él<sup>27</sup> (94 y ss.).

El tema de la “constitución ancestral” reaparece con mayor fuerza en el *Areopagítico*. Dado que “el alma de una ciudad no es otra cosa que su *políteia*” (*Ar.* 14), urge recuperar la democracia de Solón y de Clístenes. Y el Areópago ese consejo cuya reforma había marcado el comienzo de lo que se suele denominar “democracia radical”– es, precisamente, el modelo y el símbolo del régimen de los mayores al que habría que volver (*id.* 16, 37 y ss.).

Pero si es así, Isócrates no es un buen testigo para demostrar la “decadencia” de su propia época. No se puede tomar en serio la afirmación de que la buena democracia era la de plena época arcaica. Tampoco se puede tomar en serio la acusación de que los atenienses, a causa del imperio, fueran menos valientes (por cierto, dieron pruebas de su valor tanto en la guerra del Peloponeso como en las del siglo IV). En todo caso, ello implica que la diferencia entre el siglo V y el IV es irrelevante.

Los discursos de Demóstenes resuenan, en cierto sentido, al unisono de Isócrates. Claro está que aquel es un político práctico, que ha pronunciado en las oportunidades precisas las palabras que conocemos, con el fin de influir en las decisiones que han de tomar los atenienses; y que, ciertamente, valoriza el imperio y la democracia

26 “Juzgo que gobernaremos mejor nuestra ciudad y seremos mejores nosotros mismos y progresaremos en todos los asuntos, si dejamos de desear el imperio marítimo”, dice también Isócr.: *egò gàr hegoúmai kai tèn pólin hemás ámcinon oikéscin kai beítous autoús ésesthai kai pròs apásas tàs práxeis epidósein, èn pausómetha tés arkhés tés katà thálassan epithumóintes. haute gár estin e kai nún eis tarakhèn hemás kathistása, kai tèn demokratian ckeínen katalúsasa meth’hês hoi prógonoí zóntes eudaimonéstatoi tón Hellénon ésan.* (*Paz*, 64). Cf. *id.* 101 y ss.

27 *tèn kalouménen mèn arkhèn oúsan dè sumphordn, hóti péphoke kheírous ápantas poieín toús klhroménous auté* (*id.* 94)

de modo diferente que el otro. También aquí debemos descontar los *topoi* y todos los procedimientos habituales en la retórica. No cabe duda que el orador es sincero cuando echa de menos la grandeza del pasado, y esa resolución y audacia que, en los atenienses de antes, ya había celebrado Tucídides: “(nuestros antepasados) durante cuarenta y cinco años ejercieron su poder sobre los griegos, que lo aceptaban voluntariamente, hicieron subir a la acrópolis más de diez mil talentos y les obedecía el rey que poseía esa región (Macedonia) ...”( *Olintiaca III*, 24). No hacía más de una generación atrás que los atenienses se habían levantado contra la hegemonía espartana, en defensa de los derechos de los griegos, sin tomar en cuenta las ventajas particulares, haciendo los gastos que hubiera que hacer y corriendo los riesgos necesarios; en cambio, en la actualidad, dudaban si salir en campaña o no, y se demoraban en pagar contribuciones para la defensa de las posesiones propias (*Olintiaca II*, 24). Os habéis apartado del principio que siguieron los antepasados, dice todavía el orador en la *Filípica IV*—cuando se acerca la hora del enfrentamiento decisivo con el rey de Macedonia—; “créis que estar a la cabeza de los griegos y ayudar a los que sufren injusticias con un ejército en pie de guerra es algo inútil y un gasto superfluo...; vivir tranquilamente y no hacer nada de lo que es necesario, y permitir que otros se apoderen de las cosas una por una, os parece que acarrea una maravillosa felicidad y plena seguridad” (46).

Pero son los políticos los oradores como él mismo— quienes son principalmente fustigados por Demóstenes. Si ahora las cosas no marchan bien —dice—, es porque, antes, el pueblo, que tomaba directamente las decisiones y participaba en las campañas bélicas, “era señor de todos los políticos y dueño de todos los bienes”. “Ahora, por el contrario, los políticos son dueños de todos los bienes y por mediación de ellos se lleva a cabo todo...” (*Olint. III*, 30-31)<sup>28</sup>. El pueblo está cebado y domesticado por los políticos (*ibid.*). Los grandes políticos de antaño, Temístocles o Milciades, no conducían los asuntos públicos con miras al propio enriquecimiento; no recibían estatuas de bronce ni eran considerados en nada superiores al común de los atenienses (*id.*, 26)<sup>29</sup>. Los atenienses no exigen cuentas de su dirigentes como debieran (*Olint. II*, 29); la venalidad, antes, era repudiada por todos y castigada por la

28 ... *ho dêmos despôtes tôn politeuomênôn hên kal kúrioi autôs apanton tôn agathôn...* (*Ol. III*, 30). *Nân dê tounantôn kúrioi mên hoi politeuômenoi tôn agathôn* (*id.* 31).

29 Idéntico juicio en *Sobre la organización financiera*, 21-22; *Contra Aristócrates*, 196.

pena capital; hoy, estrategos y oradores "se venden como en el mercado" (*Fil. III*, 36-39).

Dado lo anterior, sin embargo, las quejas de Demóstenes y, especialmente, las acusaciones contra sus rivales, han de tomarse más que con beneficio de inventario. Es obvio que el orador cargaba las tintas al pintar los defectos de sus conciudadanos; trataba de impulsarlos a la acción, de acuerdo a su punto de vista -y, en definitiva, lo logró. No necesariamente eran venales los políticos que proponían cursos de acción diferentes a los que aquel sustentaba; no serían hijos de esclavos, introducidos tal vez fraudulentamente en el cuerpo de ciudadanos, como acusa a Esquines. Claro está, Esquines pagaba con la misma moneda. El público ateniense escucharía con humor estas pullas, aceptando de buen grado que sus oradores llegasen a esos extremos verbales<sup>30</sup>.

Por fin, las dos últimas obras de Aristófanes, *Plutos* y *Las asambleistas*, se representaron en los primeros años del siglo IV; mas es problemático que puedan servir como testimonios de "crisis" o "decadencia" para toda esta época. Nadie discutirá que la Comedia Antigua refleja las condiciones reales de vida de su tiempo; con la condición de no forzarla demasiado. Ni Cleón ni Sócrates correspondían a la caricatura que ha hecho de ellos Aristófanes. Tampoco la Praxágora de *Las asambleistas* puede tomarse más en serio, como reformadora social comunista y adelantada de la liberación femenina (incluyendo los derechos sexuales de las viejas) que Lisístrata, fautora de la paz (¡en plena Guerra del Peloponeso!) con el recurso que se sabe. Por lo demás, cuando no se trata de críticas intemporales (los políticos ladrones, la injusta distribución de la riqueza), el corte entre el "antes" y el "ahora" suele situarse, para Aristófanes, entre su época (en general, las últimas décadas del siglo V) y los "buenos tiempos de Maratón", siete u ocho décadas atrás (así, en *Los Caballeros*). No de modo diferente a lo que era para un Platón o un Isócrates.

## Conclusión

Como ya se indicó, lo que parece la corriente dominante en la historiografía reciente minimiza el tema de una "decadencia" o "crisis" sostenida e irre recuperable. J.K. Davies apunta que explicaciones como

---

30 Demóstenes, *Sobre la Corona* 129 y cf. el paralelo discurso homónimo de Esquines. Cf. Harding, 1987.

las comentadas “gozan de un atractivo perenne... como sustitutos para el análisis”; él percibe en los años 380-330 un veloz cambio social, no necesariamente negativo<sup>31</sup>. A modo de resumen podemos decir lo siguiente.

La inestabilidad política, en muchas *poleis*, parece, en efecto, haber sido recurrente en el siglo IV; en parte, puede haber sido producto, precisamente, del debilitamiento de las hegemonías espartana y ateniense, que mantenían el orden en sus respectivas áreas de influencia, y de la cambiante relación de poder internacional. Pero ya Tucídides (3.82) había visto que la guerra del Peloponeso había atizado una más intensa *stasis*; y el conflicto político interno y la guerra civil no parecen haber estado ausentes de ningún período de la historia helénica. En este sentido, la relativa estabilidad interna en muchas ciudades del siglo V (bajo la *pax laconica* o la *pax athica*) puede haber constituido más la excepción que la regla.

El mercenarismo responde, en parte, a necesidades “técnicas” (tropas más eficientes, esto es, profesionales). Debe observarse que, también en nuestros días, en vez del modelo de “la nación en armas”, que viene de la Revolución Francesa, parece preferirse de nuevo el servicio militar voluntario y los ejércitos puramente profesionales. En la ciudad griega se siguió contando, en todo caso, con la conscripción ciudadana (los ejércitos de hoplitas, como los que se enfrentaron a los macedonios en Queronea). Por lo demás, los mismos hombres que, según el tipo de análisis que hemos comentado, eran reacios a arriesgar la vida por la ciudad, la arriesgaban de todas maneras en aventuras, a veces en países lejanos. Puede haber habido “egoísmo” entre los ciudadanos, como cuando los atenienses no estaban dispuestos a reducir los gastos del *theorikon* (el fondo de los espectáculos) a favor de los gastos militares; pero también en las democracias modernas se suele preferir -o se sostiene que se debería preferir- los gastos “sociales” a los militares. Más de una vez la política exterior de una nación ha enfrentado a “palomas” y “halcones”, sin que la primacía relativa de unas u otros pueda ser necesariamente signo de “decadencia”.

Por último, es muy posible que, en general, el griego del siglo IV haya sido más individualista que el de épocas anteriores. Si esto es un

---

31 Davies, 1978 [1981, p. 198]. También: “Las explicaciones del estancamiento, organizadas dentro del campo del estado individual, sólo distorsionan el problema que representa determinar si los cambios importantes provenían desde dentro de las sociedades griegas o resultaron impuestas desde fuera. Al mismo tiempo, no debemos menospreciar las respuestas creativas.” (*id.* p. 148).

signo de decadencia -como pensaba Platón-, no es una pregunta que pueda ser respondida históricamente, sino en el plano de los valores y las visiones del mundo. Es, desde luego, una pregunta que recae sobre las sociedades contemporáneas.

## Referencias

- Aymard, A.: *L'Orient et la Grèce*, Paris, 1953 (vol. I de la *Histoire générale des civilisations*).
- Beloch, C.J.: *Griechische Geschichte*, Strasburg, 1893; Strasburg-Berlin, 1912-1927<sup>2</sup>.
- *Id.* "Historia de Grecia", en W. Götz, *Historia Universal*, t. II, Madrid, 1933, 1966<sup>7</sup>.
- Bengtson, H.: *Historia de Grecia*, Madrid, 1986 (*Griechische Geschichte*, München, 1965. La versión original, München, 1950).
- *Id.* *Griechen und Perser*, Frankfurt, 1965 (*Griegos y Persas*, Madrid, 1973<sup>2</sup>).
- Bianchi Bandinelli, R. (dir.): *Historia y civilización de los griegos, V: La crisis de la polis*, Barcelona, 1980 (Milán, 1979)
- Bravo, G.(coord.): *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Madrid, 2001.
- Cameron, A.: *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía*, Barcelona, 1998.
- Cary, M.: "The ascendancy of Sparta", *Cambridge Ancient History* VI, Cambridge, 1927 (reimpr., 1964).
- Davies, J.K.: *Democracy and Classical Greece*, Glasgow, 1978 (*La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, 1981).
- Demont, P.: "À propos de la démocratie athénienne et de la cité grecque", en *Revue des Études Grecques*, t. 108 (1995) 1, Paris.
- Droysen, G.: *Geschichte Alexanders der Grossen*, 1833 (*Alejandro Magno*, México, 1946<sup>1</sup>).
- Ehrenberg, V.: "The Fourth Century B.C. as a part of Greek History", en *Polis und Imperium. Beiträge zur alten Geschichte*, Zurich, 1965, pp. 32-41.
- García Cataldo, H.: "La Guerra del Peloponeso, Aristóteles y el siglo IV", *Bizantion Nea Hellas* 24 (2005), Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile (Santiago), pp. 13-33.
- Gazmuri, C.: *El Chile del Centenario, los ensayistas de la Crisis*, Santiago, 2001.
- Glotz, G.: *La Cité Grecque*, 1<sup>a</sup> ed., Paris, 1928 (*La Ciudad griega*, Uteha, México 1957).
- Grote, G.: *A History of Greece* (1<sup>a</sup> ed., 1846), London & NewYork, 1906, XII vs.
- Gruen, E.S.: *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, 1995<sup>2</sup>.
- Harding, P.: "Rhetoric and Politics in Fourth-century Athens", *Phoenix* 41 (1987) 1, Toronto, pp. 25-39.
- Hornblower, S.: *The Greek World 479-323 BC*, Londres, 1983 (*El mundo griego 479-323 AC*, Barcelona, 1985).
- Jaeger, W.: *Paideia*, Berlin, 1933<sup>1</sup> (México, 1942-1945; 1<sup>a</sup> ed. en un solo vol., 1962<sup>2</sup>; 2<sup>a</sup> reimpr., 1971).
- *Id.* *Demosthenes. The origins and growth of his policy*, 1938 (*Demóstenes*, México, 1945).
- Mossé, C.: *La fin de la démocratie athénienne*, Paris, Presses Universitaires de France, 1962.
- *Histoire d'une démocratie: Athènes*, Paris, 1971.
- *Id.* "L'invenzione della politica", en J. Brunshwig & G.E.R. Lloyd, *Il sapere greco. Dizionario critico*, Torino, 2005 (*Le savoir grec*, Paris, 1996).
- Osborne, R.: *La Grecia clásica, 500-323 a.C.*, Barcelona, 2002 (*Classical Greece 500-323 BC*, Cambridge, 2000).
- Robertson, E.: "Gritó, insultó y habló al pueblo ciñéndose": *el discurso de la demagogia*, en G. Grammatico et al., *Silencio, palabra y acción*, Santiago, 1999, pp. 283-302.
- *Id.* "Democracia e Imperio. Gobierno del pueblo y dominación imperial en la Atenas clásica", en *Revista de Humanidades* 8-9, 2004, Santiago, pp. 53-66.
- *Id.* *Imperio y Democracia. Hegemonía imperial y gobierno del pueblo en la Atenas del siglo V Ac*, Santiago, 2006.
- Wilcken, U.: *Griechische Geschichte im Rahmen der Altertumsgeschichte*. Oldenbourg-München, 1924; 1962<sup>3</sup> (*Historia de Grecia*, Madrid, 1959<sup>3</sup>).

